

Xosé Carlos Arias y Antón Costas

Laberintos de la prosperidad



Galaxia Gutenberg

Xosé Carlos Arias y Antón Costas

Laberintos de la prosperidad

¿Hacia una nueva Gran Transformación?

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2021

© Xosé Carlos Arias y Antón Costas, 2021
© del prólogo: Josep Ramoneda, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14649-2021
ISBN: 978-84-18807-43-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Mas donde hay peligro, crece / también lo salvador.

FRIEDRICH HÖLDERLIN, *Patmos*

Índice

Prólogo de <i>Josep Ramoneda</i>	XIII
Introducción	I

Parte I

LA PANDEMIA Y EL NUEVO ZEITGEIST

Economía pandémica	15
Aquella anómala <i>normalidad</i>	16
Una crisis con escasos y lejanos precedentes	18
La reacción: memoria reciente, adaptación pragmática	25
Capitalismo inclusivo: una conversación abierta	45
Propósito de la empresa: algo más que beneficios	53
Creación de mercados: El Estado emprendedor	58
En torno a la desigualdad	62
El sentido de las reformas	69
La necesidad y la virtud (I): hacia la doble transición	75
Digitalización masiva: utopía y distopía tecnológica	76
Imperiosa adaptación medioambiental	87
La doble transición: una oportunidad contra el estancamiento	94
La necesidad y la virtud (II): más rupturas estructurales	99
Grietas en la globalización	100

Hiperaceleración	112
La prioridad de la salud pública	116
Los puzles del malestar.	121
Malestar y populismo	123
Una cuestión abierta a controversias	126
Las fuentes socioeconómicas del malestar:	
desigualdad e incertidumbre	134
El pegamento del contrato social	137
La pospandemia: ¿una inesperada renovación	
del contrato social?	143
Economía y democracia: heridas abiertas	149
¿Una recesión democrática?	150
La nueva dificultad de conciliar democracia	
y liberalismo	157
Tecnopopulismo.	164
Las democracias tras la pandemia.	165

Parte II

LA GRAN TRANSFORMACIÓN EN EL SIGLO XXI

El retorno del Gran Gobierno. Vindicación	
y temor a Leviatán	175
La pandemia y el Gran Gobierno	177
Auspicios y temores a Leviatán.	187
Un espacio para la comunidad	193
Un contrato social para la prosperidad inclusiva	201
Laberintos de la prosperidad: la múltiple	
oferta de contratos sociales	204
Las fuentes donde bebe la desigualdad	209
La desigualdad, vara de medir la bondad	
de las políticas.	220
Los tres pilares del contrato social del siglo XXI	221
Invertir en justicia social rinde dividendos	
económicos.	231

Capitalismo inclusivo o barbarie	237
Una mirada de largo alcance.	239
Transformaciones disruptivas: ¿otra Gran Transformación?	241
Las decisiones económicas y sus consecuencias políticas	244
Fuerzas que impulsan y fuerzas que bloquean el cambio	247
 Conclusión	 257
Bibliografía	261
Índice onomástico	273

Introducción

Hace unos pocos años, en 2016, finalizábamos nuestro libro común anterior, *La nueva piel del capitalismo*, de esta manera: «en este ensayo hemos abogado por un capitalismo inclusivo, capaz de reconciliar la lógica económica con una idea de democracia y moral cívica. Porque quién sabe si la alternativa a eso no será la decadencia y la barbarie».¹ Estas palabras parecen ahora todavía más pertinentes y oportunas de lo que eran entonces, dada la insólita gravedad de las amenazas de todo tipo que la pandemia de la Covid-19 ha traído consigo. El presente volumen explora e intenta profundizar en esa tensión y proponer modestamente algunas vías de salida.

Porque, cuando apenas había transcurrido una docena de años desde la explosión de la anterior gran crisis, sobrevino una nueva y extraordinaria ruptura del orden económico y social. La primavera de 2020 –período conocido ya como el Gran Confinamiento– con seguridad quedará gravada en la memoria individual de muchos millones de personas, pero acaso deje también su sello sobre formas de organización social y estilos de vida. Se trata de una crisis sanitaria que cabe calificar sin hipérbole alguna de *universal* (con 192 países afectados): sabíamos que vivimos en un mundo de fronteras difuminadas, pero ahora hemos descubierto una manifestación primordial de la moderna globalización, la de los virus.

1. Arias y Costas (2016).

Aunque es una perturbación de una naturaleza muy diferente, hay alguna característica del *shock* provocado por la pandemia que ya estaba presente en la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias. Por ejemplo, frente a la pretensión de estabilidad y previsibilidad a largo plazo que se manifestaba como creencia muy sólida durante las décadas anteriores (vinculada a una pretensión de racionalidad colectiva), el colapso financiero mostró el componente de *incertidumbre radical* (algo muy distinto y mucho más difícil de afrontar que el simple riesgo) que late en el trasfondo de una vida económica marcada por el peso de lo que fluye sin apenas control, lo especulativo, lo transnacional. De igual modo, aquellos años pusieron de manifiesto las altas dosis de vulnerabilidad de los actores económicos, en la forma de pérdidas de renta, de ahorros o empleo. En el caso actual, el coronavirus ha llevado hasta un extremo de gran dramatismo ese doble rasgo de lo incierto/vulnerable, que desemboca en un tercer elemento muy visible en estos meses: la generalización del miedo. Sabemos que hemos entrado en aguas desconocidas, en donde habita un evidente peligro. Pero también la oportunidad de un cambio.

Por lo demás, en otros muchos aspectos la crisis de 2020 no sólo es distinta de la anterior, sino que tiene escasos precedentes (el más importante de los cuales se remonta a cien años atrás). Entre las diferencias más reseñables, un enorme *shock* a la vez de oferta y demanda, no provocado por dinámicas internas de la propia economía, sino inducido desde fuera de ella; economías enteras repartidas por todo el mundo bloqueadas durante un par de meses, al igual que gran parte del comercio mundial; una caída productiva profundísima –marcando registros históricos en numerosos lugares–, y que ha dejado notables desequilibrios macroeconómicos, pero al mismo tiempo inusualmente breve; sectores económicos enteros en situación de respiración asistida

gracias a las ayudas públicas, pero ausencia de contagio financiero... Sin embargo, tal y como iremos mostrando, quizá lo que más distingue a ese momento de todo lo vivido hace una década es la actitud de los gobiernos, los bancos centrales y las agencias multilaterales: frente a la actitud inerte, dubitativa y no pocas veces directamente perjudicial que mantuvieron por entonces, ahora la reacción ha sido rápida y vigorosa. También los agentes sociales parecen haber cambiado, mostrándose ahora más inclinados a la concertación. En ese viraje, provocado sin duda por «razones de urgencia», pero seguramente también por el duro aprendizaje extraído de episodios anteriores, se encierra una cuestión de gran interés a la que se dedicará atención prioritaria en estas páginas.

Por otro lado, y teniendo en cuenta ese sentido de impacto de lo extraordinario, la pandemia puede verse como un ensayo general de cómo hacer frente a lo nuevo, desconocido y profundamente disruptivo. Algo que puede ser de gran utilidad no solamente para afrontar crisis anómalas, sanitarias o de otro tipo, que puedan venir en el futuro,¹ sino también las notables transformaciones —con potenciales efectos enormes sobre la sociedad, la economía, el empleo o las relaciones internacionales— que, como iremos mostrando, las economías desarrolladas tienen, parece que inexorablemente, por delante.

1. Entre los epidemiólogos es común la idea de que, en efecto, las condiciones ambientales favorecerán la llegada de nuevas grandes infecciones: el cambio climático, la globalización y la extensión de los viajes rápidos, la invasión de entornos donde existen virus en el medio animal que facilitan la zoonosis o la masificación del medio urbano: la combinación de todo ello parece crear un caldo de cultivo de nuevas plagas muy amenazadoras.

Al ser enorme y terrible su impacto sobre la coyuntura, cabe preguntarse cuáles podrían ser las consecuencias económicas y sociales de la pandemia en una perspectiva temporal más amplia. ¿Dejará un legado para las próximas décadas, o sus efectos se irán diluyendo con rapidez una vez que la infección haya cesado? ¿Favorecerá una transformación económica efectiva y profunda? ¿En qué dirección? Es indiscutible que en los meses de confinamiento se han visto cambios económicos de gran calado —los Estados catapultados como agentes económicos primeros y esenciales; un salvamento de empresas con ayudas públicas a una escala acaso nunca antes vista; el sostén generalizado de rentas a través de instrumentos por lo general innovadores—, pero ahora el gran interrogante es si se proyectarán en el tiempo y de qué forma.

A partir de 2020 se han abierto múltiples debates sobre cómo serán la sociedad, la economía o la política tras el paso del coronavirus. Muchos de los argumentos que vamos conociendo se asientan en un plano muy especulativo, y con frecuencia o bien confunden deseos con realidades observables, o se dejan llevar por el ambiente milenarista que inevitablemente hace su aparición en un escenario de miles de muertos, peligro y desasosiego. Para huir de ese sesgo, la idea general de este ensayo es intentar ofrecer algunas respuestas, siquiera tentativas, a los interrogantes contenidos en el párrafo anterior, cartografiando algunas tendencias de cambio que se habían abierto ya en los últimos años y que ahora podrían, o bien intensificarse y consolidarse, o quedar en el olvido. A partir de ahí se trata de sugerir algunas posibilidades de reforma para encarar los problemas que con una alta probabilidad se harán presentes en ese nuevo paisaje.

Como punto de partida, no será ocioso señalar que, al igual que sucede cuando baja la marea, que deja ver quién se estaba bañando desnudo, las crisis revelan, en primer lugar, las fragilidades y los límites del «viejo or-

den». A la vez, permiten ver mejor las tendencias que venían actuando desde el pasado y que seguirán influyendo en el mundo hacia el que nos encaminamos. Pues bien, en el caso actual, cuando la Covid irrumpió con toda su potencia destructora, el modelo económico y social venía mostrando ya algunos elementos importantes de desnudez. En realidad, no se trataba de algo absolutamente nuevo, pues en su mayoría son tendencias que están con nosotros, al menos de un modo incipiente, desde hace varias décadas, pero en el tiempo transcurrido desde la crisis de 2008 algunas de ellas han cobrado una intensidad o una apariencia nueva, de modo que se ha hecho evidente que la trama de relaciones sociales y económicas se muestra socavada por importantes dudas y contradicciones.

En este libro aparecerá muchas veces el concepto de contrato social. Esta noción se utiliza para explicar cómo funciona el consentimiento con la autoridad política y el orden social existente. Se apoya en la idea de que todos los miembros de un grupo, de una comunidad o de un país están de acuerdo por voluntad propia con la relación que les une. Dicho de un modo sencillo, es la forma en que la sociedad determina que nos debemos los unos a los otros y cómo se reparten los riesgos de las crisis entre los diferentes actores en la sociedad. Después de la Segunda Guerra Mundial, las élites económicas y políticas suscribieron un vigoroso contrato social dirigido a extender los mecanismos de cooperación y repartir equitativamente entre los diferentes actores sociales –trabajadores, empresas y Estados– los beneficios de la prosperidad, en los buenos tiempos, y los riesgos y sus costes asociados, en los malos. Fue un modelo triunfante, que en gran medida explica la virtuosa combinación de fuerte crecimiento económico, reducción de las desigualdades y

democracia triunfante que estuvo vigente a lo largo de las décadas siguientes.

Sin embargo, en la década de 1970 se rompieron algunos elementos centrales del contrato social de la posguerra: lo que tenía de pegamento comenzó a secarse, y su evolución se fue haciendo poco a poco cada vez más desasosegante. En una tendencia que dura y se ha ido intensificando hasta el presente, los salarios tendieron a estancarse y la desigualdad creció de un modo muy significativo. En la visión que desde entonces se hizo cada vez más predominante, pocos márgenes quedaban para impugnar ideas como la de la eficiencia natural de los mercados desregulados o la apertura generalizada de la cuenta de capital. Era el imperio de TINA, *There Is Not Alternative*. Todo enmarcado en una omnipresente apelación al individualismo como vía para alcanzar la prosperidad, que alcanzó su apoteosis en la exaltación thatcheriana de «la sociedad de *No Society*».

Es indudable que hay muchos aspectos positivos en el actual modelo económico y la forma de vida de la mayoría de los países desarrollados, sobre todo los europeos: desde un alto nivel de renta per cápita a la pervivencia de unos Estados de bienestar que, con todos sus problemas, siguen siendo verdaderas joyas. Pero, por otra parte, a diferencia de lo que ocurría hace sólo tres lustros, cuando estas cuestiones estaban completamente fuera de la conversación pública, ahora es ampliamente aceptado que el capitalismo contemporáneo presenta también algunos aspectos muy disfuncionales: empresas que atienden al único principio de maximizar el valor para sus accionistas; cortoplacismo; dimensión excesiva de las finanzas; desigualdad rampante; competencia seriamente debilitada; daño medioambiental; tendencia a la baja del crecimiento; gobiernos con las alas cortadas por los mercados

de bonos; encaje cada vez más difícil entre economía y democracia.

Es decir, el sistema económico, que en algún momento llegó a ofrecer una promesa de progreso social continuado, muestra ahora, además de notables elementos de fragilidad, algunas de sus caras menos amables. El malestar se va haciendo cada vez más extenso y concreto, y la confianza en las instituciones decae. En realidad, en la situación que vamos describiendo hay algo que pudiera ser muy profundo: un verdadero cambio en el *zeitgeist* (espíritu de la época).

Y es que el componente extremado de la visión económica triunfante en las últimas décadas —a la que cabe designar como hipercapitalismo— llevó a que, a partir de la Gran Recesión, saltara por los aires cualquier posibilidad de consenso en torno a ella. Cuando en 2008 el presidente francés Nicolas Sarkozy habló de la necesidad de «reformar el capitalismo» sonó a extravagancia, una especie de *boutade*. En los últimos años, en cambio, esa expresión se repite de un modo incesante en los más diversos ambientes. En el académico, desde luego, pues sobre ello ha nacido todo un campo de estudios (al que se dedican cursos monográficos en algunos de los más prestigiosos centros universitarios, como la Harvard Business School o la Universidad de Brown), pero también en el periodístico, como evidencian los frecuentes artículos en torno a esta cuestión en los medios más emblemáticos en defensa de la economía de mercado, como *The Economist* o *Financial Times*. Y más importante: los programas de algunos partidos tradicionales —como el laborista en el Reino Unido y el Partido Demócrata norteamericano—, en los que durante décadas era imposible encontrar la palabra «capitalismo», rebosan ahora de argumentos y propuestas para su reforma.

Esas nuevas perspectivas no surgen de la nada. En los últimos diez años se han producido algunas aportacio-

nes de primer nivel en el análisis de cuestiones económicas tan cruciales como la desigualdad, las nuevas funciones del Estado, el propósito de la empresa, el valor de la comunidad, o las distintas caras –no todas amables– de la digitalización. Sin olvidar la creciente preocupación por el trasfondo moral de los comportamientos económico. Con estos notables y poliédricos avances –y desde luego también con las ideas renovadas sobre el funcionamiento de la macroeconomía y las finanzas– el panorama del conocimiento económico se ha enriquecido y diversificado notablemente en los últimos años, abriendo interesantes perspectivas en torno a la necesidad de reformas efectivas y profundas. En esta ocasión, la idea de reconstruir el contrato social no carece, por tanto, de una sólida arquitectura intelectual sobre la cual sustentarse.

Otra razón fundamental para un cambio de dirección está en el abismo político que asoma con formas inquietantes. Vivimos tiempos de *recesión democrática*, en la que la plena vigencia de la democracia liberal, que hasta hace pocos años se aceptaba como un hecho consolidado, se ve cercada por amenazas diversas. La enorme polarización, la fragmentación extrema, el voto rabioso y a la contra son manifestaciones de un entorno político general cargado de patologías. Entre ellas cabe mencionar algunas manifestaciones nuevas como lo que podríamos llamar *tecnopopulismo*, pero también otras que son viejos conocidos de los tiempos de ruptura y conflicto político, como el nihilismo. Recordemos que las respuestas nihilistas consisten en enfrentarse a realidades sociales adversas, no con intentos racionales de resolver los problemas, sino más bien de una forma negativa, tratando de provocar daño al otro (el causante, con frecuencia difuso, de aquellos males) y sin atender a las consecuencias de esos actos, movido todo ello por un profundo malestar o resentimiento.

Pues bien, ese tipo de respuestas han estado presentes en diversos e importantes acontecimientos del pasado reciente, desde el voto a favor del Brexit a la toma del Capitolio por la manada trumpista, pasando por el voto masivo, en un país de supuesta alta cultura democrática, a un partido dirigido por un cómico bajo el lema principal de *vaffanculo!* (en otro orden de cosas, algo de nihilista tuvo la insólita y súbita burbuja creada a través de la red wallstreetbets-Reddit, al grito de «¡Abajo Wall Street!» en febrero de 2021). Todo ello obliga a ver de un modo nuevo la relación entre economía y política, atendiendo a las consecuencias que en el segundo ámbito pueden provocar determinadas formas de evolución de la primera.

Por lo demás, éste es un momento histórico singular en el que se ha extendido la conciencia de que estamos ante ciertas transformaciones estructurales de gran poder disruptivo sobre la dinámica de los procesos productivos –tecnológicas o de adaptación al medio ambiente– que crean buenas dosis de inquietud y desconfianza ante el futuro. De esos cambios, que en gran medida parecen ya imparables, podría surgir un impulso reformista, cuya intensidad y orientación es difícil siquiera imaginar.

Desde luego, nada garantiza que las reformas vayan a avanzar efectivamente. Sabemos, incluso, que en no pocos episodios críticos del pasado presididos por el malestar, el miedo y la polarización política –como ahora en gran medida ocurre–, se originaron retrocesos significativos en el contrato social. Sin embargo, hay tres observaciones generales que sería interesante tener en cuenta para evitar el pesimismo. La primera es que el capitalismo siempre ha mostrado una gran capacidad de adaptación, sobre todo cuando se ha visto de verdad en dificultades. La segunda observación es que los cambios no se harán solos. Por interesantes y bienvenidas que sean las nuevas posiciones reformistas de algunos inversores u organizaciones empresariales, podrían quedar en meros

gestos una vez haya sido recuperada una cierta normalidad. Sólo un decidido impulso de los gobiernos garantizará una transformación efectiva. Por eso hay que aprovechar esta oportunidad.

Y ya en tercer lugar: en realidad, tampoco hay muchas cosas que inventar; de algunos de los cambios de apariencia más rupturista hay ya ejemplos que funcionan (y funcionan muy bien); hay ya algunas grandes corporaciones—como la empresa farmacéutica danesa Novo Nordisk—cuyos fines básicos van mucho más allá de la pura maximización del beneficio. En los países escandinavos, la disposición de las políticas públicas ha dado fruto en materia de distribución de la renta, de forma que el peso de la desigualdad es allí mucho menor que en otros países o áreas y la movilidad social mayor. Y en economías como la sueca o la alemana, hace tiempo que están operativos sistemas de participación de los trabajadores en la toma de decisiones de la empresa al máximo nivel. Porque, en realidad, no hay un único capitalismo, sino distintas variedades, y de algunas de ellas hay mucho que aprender: las posibilidades reformistas que se abren a partir de ese esfuerzo de emulación no son pequeñas.

Sin embargo, si miramos hacia atrás veremos una notable diferencia en relación con coyunturas históricas de gran empuje reformista (la más paradigmática sería la registrada durante la Gran Depresión de la década de 1930). En el pasado, en los grandes momentos de viraje de la economía de mercado estaban presentes grandes narrativas, modelos ideológicos cerrados que ofrecían alternativas generales, sistémicas. Y de un modo u otro la propia supervivencia del sistema parecía amenazada. Ahora no ocurre nada parecido. Muy al contrario, todo indica que el capitalismo tiene los siglos contados. Como sistema económico se ha quedado sólo y triunfante, después de dar entrada y otorgar uno de sus lugares más destacados a una economía como la china, dirigida por un partido

comunista (es lo que Branko Milanović ha llamado *Capitalism, alone*). Estamos, quizá, ante la mayor paradoja de este momento histórico: asistimos al triunfo apoteósico... de un sistema enfermo. Esa condición victoriosa podría desde luego constituir un obstáculo para una generalización y profundización de las reformas; pero el enfermo, enfermo está, y tal y como mostraremos en los capítulos que siguen, son muchas e importantes las manifestaciones de este hecho.

¿Podría ser éste el momento de una transformación económica que, aprovechando las corrientes de fondo, logre un nuevo equilibrio entre los pilares de la prosperidad (mercados y Estado, en primer lugar, pero también habría que mirar hacia un tercer ámbito, en gran medida olvidado: la comunidad) que traiga prosperidad inclusiva? ¿Qué ideas y políticas pueden orientar las tendencias autónomas del cambio técnico hacia un nuevo contrato social que permita una reconciliación de capitalismo, progreso social y democracia liberal?

Si hay una situación histórica propicia para la *creación destructiva* es ésta, pues la crisis sanitaria la ha hecho casi inevitable. La cuestión es hasta dónde llegará. Esa noción, cuya difusión tanto debe al gran economista Joseph Schumpeter, incorpora para el análisis del cambio económico la vieja y sencilla idea de que las cenizas de lo viejo son con frecuencia el mejor caldo de cultivo para lo nuevo. La innovación, el dinamismo y, diríamos, también las nuevas mentalidades se abren paso, porque no queda otro remedio, sobre las ruinas de las antiguas estructuras. Con todo lo dicho hasta ahora, se supondrá que no nos referimos sólo a los sistemas productivos o a tendencias estrictamente económicas, sino a un concepto más amplio de cambio en las prácticas sociales y las dinámicas institucionales.

En este ensayo indagaremos en la posibilidad de que, en las condiciones tan extrañas y complejas que ha abierto la gran crisis sanitaria, surja efectivamente una dinámica de reformas en esa dirección, examinando las fuerzas favorecedoras y las inercias contrarias al cambio. No será en absoluto fácil: será una batalla que se resolverá en el plano económico, pero sobre todo en el de la lucha política, que promete ser tan tensa y difícil como interesante en los próximos años. Ése es uno de los motivos –el otro es, simplemente, la común vocación metodológica– por los que, tal y como hemos hecho en algunos trabajos conjuntos anteriores (Arias y Costas, 2012, 2016), un enfoque de economía política –es decir, un espacio de intersección del razonamiento económico con la historia, la historia de las ideas y el análisis político– recorrerá las páginas que siguen.

Con la idea de asir un hilo que nos permita guiarnos a través de esos laberintos, nuestra intención es avanzar en tres planos progresivos, que se irán proyectando sobre los siguientes capítulos. En el primero (desarrollado sobre todo en los capítulos 1 y 2), trataremos de identificar los factores de impulso intelectual y cultural, pero también las rémoras, de ese posible nuevo *zeitgeist* del que hemos hablado. En el segundo (capítulos 3, 4 y 5), estudiaremos las transformaciones objetivas de economía y sociedad sobre las que ese impulso podría sostenerse. Finalmente, reflexionaremos sobre el carácter complejo y en ocasiones contradictorio de esas tendencias de cambio (capítulos 6, 7 y 8), a las que es capital dar respuesta para reencontrar el camino hacia la prosperidad. En los contenidos de estos últimos capítulos el lector encontrará algunas propuestas posibles de reforma, para que todo lo anterior no se quede por el camino, como un mero conjunto de formulaciones retóricas.